

Anny
Andra

FILMS DE AMOR

50 cents

La Princesa del
Caviar



SELECCIÓN FILMS DE AMOR
NÚMERO EXTRAORDINARIO

Redacción, Administración y Talleres:
Calle Valencia, 234 - Apartado, 707
Centro de Reparto de Suscripciones: **Barbará, 16**
B A R C E L O N A

La Princesa del Caviar

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título interpretada
por la monísima artista de la pantalla

Anny Ondra y André Roanne

Adaptación por M. NIETO GALÁN

E X C L U S I V A S
F. TRIÁN

C. de Ciento, 261 *Barcelona*

REPARTO

Anita Marien	ANNY ONDRA
Luis de Haiden	ANDRÉ ROANNE

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

LOS CUATRO MOSQUETEROS DE TROUSTATD

Lo mismo que París tiene magníficos almacenes y Berlín los tiene monumentales, en el pueblecito de Troustatd, no lejos de la luminosa capital francesa, tenía un gran almacén, donde se vendía de todo. Allí entraba el cliente y desde los primeros placeres del hombre, llamados vulgarmente biberones, hasta la última vanidad del género humano, o sean las floridas coronas, podía encontrar de todo. Era lo que se dice un surtido bazar. Pero entre las muchas cosas que se almacenaban en el establecimiento, a pesar de ser muy interesantes, el artículo más codiciado por los jóvenes de la localidad, y aun por algún que otro viejo, era la traviesa Anita Marten, sobrina de la dueña. Se había quedado viuda hacía algunos años y la pena que le

produjo el verse completamente sola fué desapareciendo de ella, con esa rapidez propia de los pocos años. Al lado de su tía fué creciendo y solamente, en los momentos de soledad, sus ojos se empañaban de lágrimas al recordar a los seres queridos. Ella solita llevaba el peso del establecimiento, donde no había más dependientes, y aun le quedaba tiempo de sobra para repartir calabazas entre los donjuanes del pueblo, que la traían loca con sus continuas declaraciones amorosas.

Entre estos enamorados galanes había un cuarteto que no la dejaba ni a sol ni a sombra, cuatro ridículos pueblerinos que se creían "le dernier cri" de la elegancia y que se situaban frente a su puerta, dispuestos a habérselas con el valiente que osara poner los ojos en la preciosa muchacha.

Anita Marten no era en la realidad lo que parecía con sus diabluras. Nadie hubiera dicho que en aquel cuerpecito delicioso y ágil, coronado por un rostro de muñequita, se escondía un corazoncito romántico y sentimental, que ansiaba libertad, respirar otro aire que no fuera el del pueblo. Y como la Cenicienta de los cuentos, muchas veces su imaginación forjaba castillos quiméricos, palacios encantados a donde la llevaba un príncipe bello y enamorado. Claro está que a nadie hacía partícipe de estos pensamientos,

porque nadie era capaz en aquel pueblo de comprenderlos; pero, así y todo, ella seguía esperando al príncipe encantador que había de transportarla al país de sus sueños.

Uno de los que más querían en el pueblo a la deliciosa Anita era el jefe de policía, que a los cincuenta años de continuos servicios se jactaba de dos cosas: de no haber apresado jamás a un ladrón y de no haber probado nunca el agua, ni aun siquiera con vino. Prefería éste solo... y en abundancia.

Anita conocía el flaco de su amigo y todas las mañanas le tenía preparado un buen vaso y para paladearlo entró la mañana en que empieza nuestra narración al establecimiento Marten.

—Ahí tienes a esos pelmazos—le dijo el jefe de policía refiriéndose a los Mosqueteros que perseguían a la muchacha.

—Ya llevan tres horas en la puerta—replicó la muchacha—. Me traen frita.

Los aludidos, creyendo hacer una de sus muchas gracias, deslumbraban con los rayos de un espejito, colocado al sol, a la muchacha. El jefe de policía, indignado por la molestia que causaban a su amiga, le dijo:

—¿Quieres que te los eche con viento fresco?

—No—respondió la joven, cogiendo una regadera llena de agua—. Voy a desalojar

yó el banco. Ya verás qué pronto se marchan.

En efecto, salió a la calle con la regadera y, haciendo como que regaba distraídamente, la puerta, les lanzó el agua a los petrimetros, que exclamaron indignados, al ver que les estropeaba sus últimas "creaciones":

—Me parece que tiene usted ojos para ver que estamos aquí tres hombres.

—Perdonen—respondió la chiquilla—Me habían parecido que eran los tres figurines que ha comprado mi tía últimamente.

—¡Nos ha llamado figurines! — exclamó uno de ellos.

—¡La culpa la tenemos nosotros por hacerle caso!—respondió otro.

—¿Qué se habrá creído esa niña?—dijo el tercero—. ¡Lo mejor es que nos vayamos de aquí y no volvamos a mirarla más a la cara.

Iban ya a optar por la proposición de este último, cuando se presentó el cuarto mosquetero, Felipe Nickel, para quien el propio D'Artagnan a su lado era simplemente un doctrino. Venía en una ridícula motocicleta, que acababa de comprar, y se la enseñó a sus amigos, diciéndoles:

—En esta potente máquina, Anita Marten atravesará conmigo la vida.

El policía, que se había dado cuenta de la llegada del nuevo personaje, le dijo a la muchacha:

—Ahí tienes al único que te faltaba. Tute de imbéciles completo.

—A ése también lo voy a poner de vuelta y media en cuanto se me acerque—contestó la joven.

No tardó mucho tiempo en presentársele la ocasión, pues Felipe, con el objeto de que Anita viese su moto, entró en el establecimiento, diciéndole:

—¿Puede usted proporcionarme esencia para mi máquina?

La muchacha llenó un vasito de gasolina y se lo ofreció seriamente, a la vez que le contestaba:

—Creo que con esto tiene bastante su bicicleta para perder los estribos.

El policía se echó a reír a carcajadas de la ocurrencia de la joven y el pretendiente salió de la tienda como la zorra del cuento, diciéndoles a sus amigos:

—¡Esa niña se figura que va a venir a buscarla un príncipe de cuarenta caballos!

—¡Vámonos de aquí, para que vea que no nos importa nada!

Y cuando nuevamente se disponían a abandonar la puerta de la tienda, vieron a lo largo de la calle algo que les llamó poderosamente la atención y que los hizo detenerse otra vez.

EL CONDE DE HAYDEN

No era precisamente el príncipe que habían dicho ellos, pero sí un hermoso cuarenta caballos el que se acercaba pausadamente hacia el establecimiento de Anita, de donde ya se había marchado el policía.

Poco a poco fué acercándose a la puerta de la tienda, hasta que, con gran extrañeza de todos, quedó parado allí mismo. De su interior salió un hombre joven, elegantemente vestido, de porte distinguido y en extremo simpático. Tampoco era éste el príncipe: era únicamente el conde Luis de Hayden, agregado de Embajada. Había corrido muchos países y su elegancia espiritual le permitía transigir, como buen diplomático, por todo, excepto con una sola cosa: con las mujeres feas.

Al salir del auto entró en la tienda y en la puerta le dijo a su chofer:

—Esperaré aquí a que cambie usted de bujía. Pero dese prisa. Tengo el tiempo justo para tomar el tren de París.

Entró luego en la tienda y, casualmente, miró a un espejo, donde vió reflejada la cara de Anita. Mas el paño del cristal desfiguraba



...donde vi reflejada la cara de Anita...

el bonito rostro de la muchacha y el conde Luis, seguro de que se trataba de una fealdad, ni siquiera se volvió a mirarla. Sin embargo, Anita se había fijado en la gentil figura del conde y su corazoncito latió precipitadamente, sintiéndose poseído por aquel hombre, tan distinto de los que había en el pueblo. Desde aquel momento puso gran em-

peño en hacerse agradable al cliente y le preguntó solícitamente:

—¿Quiere usted tomar algo?

—Deme vino—contestó el conde, sacando un periódico del bolsillo.

—¿De qué clase? — preguntó otra vez la joven, para que la mirase.

—Tinto—exclamó lacónicamente Luis de Hayden, sin apartar sus ojos del diario.

—¿Quiere además que le sirva algo de comer?—insistió otra vez la pequeña.

—Sí, tráigame alguna cosa, pero no me pregunte más — replicó el conde, siguiendo sin fijarse en ella.

Anita tomó del mostrador cuantas clases de queso había en la tienda y se las colocó delante, haciéndole exclamar al conde ante el olor que despedía la vianda:

—Quiero un alimento menos aromático... Deme caviar.

Después de mucho buscar por la tienda, pudo, al fin, Anita encontrar un frasco de lo que le había pedido, el cual llevaba allí la friolera de unos veinticinco años. Lo limpió exteriormente todo lo que pudo y lo sirvió al indiferente conde, que, en la creencia de que aquella muchacha era horrible, no quería levantar los ojos de la lectura. Apenas probó un bocado del caviar lo dejó instantáneamente, diciendo:

—¿Desde cuándo tiene usted aquí esta porquería?

—No lo sé señor—respondió ella—. Creo que se lo regalaron a mi abuelita antes de poner esta tienda...

El conde fué a decirle una grosería, pero lo contuvo su educación y se fué otra vez hacia la puerta, a una indicación hecha por su chofer de que ya estaba reparada la avería del coche. Miró nuevamente y un ángulo de éste, completamente limpio, reprodujo en toda su belleza el rostro de la muchacha. Ante aquel tardío descubrimiento se volvió rápidamente hacia ella y pudo comprobar que su vista no le había engañado. Tenía ante él a la criatura más deliciosa que había visto en la vida. Quiso aprovechar los últimos momentos que restaban de estar allí y para quitar el mal efecto que, sin duda, habría producido en ella su conducta, le ofreció la mano, diciéndole:

—Deseo de veras tener el placer de volverla a ver, señorita.

—Y yo también, señor—respondió ella—. Tenga la seguridad de que cuando vuelva tendré caviar del día para que no me diga que es una porquería.

—Eso lo dije sin darme cuenta—contestó el conde—. Si hubiera sabido lo bonita que era usted me habría sabido a gloria.

—Pues haberme mirado antes—exclamó

ella—, saliendo hasta la puerta y siguiendo hablando con el conde, que ya había subido al coche.

—Lleva usted razón—contestó sonriendo de su ingenuidad el diplomático—. A veces perdemos la ocasión de admirar una belleza sin darnos cuenta.

Los cuatro pretendientes de Anita miraban, desde lejos, la animada conversación de los dos jóvenes, y Anita, para hacerles rabiar más todavía, concibió una de sus genialidades ideas. Se recostó sobre la ventanilla del auto; tomó un guante del conde y se lo puso ella. Luego, con la misma mano, haciendo de forma que pareciera que era del que estaba en el interior del coche, empezó a acariciarse la cara y hacer muecas de agrado, hasta que el coche partió, en dirección a la estación.

Sus cuatro pretendientes, completamente derrotados, no podían ocultar el disgusto que en ellos había producido la maniobra de la joven y Felipe exclamó, despechado:

—¡La infeliz se habrá creído todo lo que le haya dicho ese caballero!

—¡Qué ilusa!—comentó otro.

—¡Y eso que parecía una mosquita muerta!—repitió otro.

Y, haciendo estos comentarios, ninguno de ellos favorable para la muchacha, se alejaron de la tienda, convencidos de que nunca podrían llegar a obtener el amor de Anita.

LA FUGA

Pero no solamente habían presenciado el flirt de la muchacha sus cuatro admiradores, sino que lo peor del caso es que la tía Gregoria, cuya amabilidad era muy apreciada a la de un erizo acorralado, había visto todo lo que acababa de suceder.

Al volverse Anita y ver a su tía, tuvo un movimiento de huida, mas la vieja la detuvo diciéndole:

—Con que firteando, ¿eh?

—Era él, tía, que me estaba dando las gracias por lo bien que ha merendado aquí —respondió la joven.

—Yo sí que voy a darte merienda—respondió su tía. Y, uniendo la acción a la palabra, con el mismo bastón en que se apoyaba, empezó a descargar golpes sobre la pobre chiquilla, sin compadecerse de sus lamentos, ni de sus quejidos.

—¡Olgazana!... ¡Desvergonzada!—le iba diciendo a cada golpe que le daba—. ¡Yo te enseñaré un poco de recato!... ¡La culpa la he tenido yo por tener compasión de ti y recogerte del arroyo, en donde estarías ahora!

Anita adivinó que la lección de aquel día

no iba a terminar en mucho tiempo y, librándose del poder de la vieja, consiguió encastrarse en un mostrador, a donde no llegaba el cariñoso báculo de la vejez.

—¡No tengo tiempo ahora de seguir!—exclamó la vieja, sin dejar de amenazarla—. Pero nada pierdes con esperar. Así podremos empezar de nuevo.

Hasta entonces habían sido muchas las palizas que la chiquilla había recibido, pero hasta aquel día, en que el recuerdo del conde perduraba en su mente, no se dió cuenta de su desgracia, al verse tan sola. Poseída de una enorme tristeza, entró en su cuarto y se dejó caer sobre su cama, llorando amargamente. Todos los recuerdos de su pasada niñez acudían a su mente, oprimiéndole el pecho en una dolorosa congoja, hasta que para consolarse dió marcha al fonógrafo y puso su disco predilecto, titulado "Anita, te amo". Era una sentimental canción del célebre Rey del jazz, Jack Thompson, y que la muchacha se figuraba que había sido escrito para ella.

Cuando terminó la placa, Anita bajó a la tienda, dispuesta a recibir la segunda paliza del día. De pronto, vió un objeto tirado en el suelo y se bajó a recogerlo. Era un billete del ferrocarril a nombre de Luis de Hayden. Aquel encuentro y el pensar que pronto volvería su tía, la hicieron adoptar una enérgica resolución. Se marcharía a París, allí busca-

rá a su amigo de hacía un momento y este la colocaría en algún sitio donde se ganaría la vida. ¿Y quién sabe hasta dónde podría llegar?

No lo pensó mucho tiempo. Cogió su maleta y como ella había visto en la del diplomático todas las etiquetas de las estaciones por donde había pensado, creyó que también la de ella debía ir señalada. A falta de otra cosa, arrancó unas cuantas de las latas de conserva y las pegó a la suya, escribió una carta de despedida a su tía y salió de aquella casa, dispuesta a no volver en mucho tiempo.

Cuando volvió la tía Gregoria empezó a llamar a su sobrina, hasta que vió el papel que le había escrito, y que decía:

“Querida tía:

Me ahogo en este pueblo; necesito respirar el aire de una gran ciudad. Cuando vuelva seré ya una dama de la aristocracia y todo el pueblo me mirará con la boca abierta.

ANITA”

—¡Infame!... ¡Ingrata!—exclamó su tía llorando—. ¡Me deja sola, sin poderme valer de nadie!... ¡Con la falta que ella me hacía para el establecimiento!... ¿Quién llevará ahora el negocio?

Y entonces fué cuando la vieja se dió cuenta de que sin la joven todo su comercio se

venía abajo. No pensó en los malos tratos que le había dado, mientras estuvo a su lado, y su egoísmo sólo tuvo presente lo que ella llamaba ingratitud de la muchacha, que se había pasado la vida trabajando para ganarse un miserable sustento.

Entre tanto, Anita, temiendo que alguien del pueblo la viese, esperaba impaciente en la estación al tren que había de conducirla al París tan deseado por ella, a aquella fantástica ciudad, de la que había oído hablar tanto y de la que sólo conocía lo que le habían dicho los pocos vecinos de Troustatd que habían estado en él.

Y aunque ella misma no lo sabía, no era el deseo de verse libre de los malos tratos de su tía lo que la impulsaba a ir a París: era sobre todo el deseo de volver a ver al joven del auto, que tan poderosa fascinación había ejercido sobre su corazoncito de niña. Creía la pobre que el encontrar una persona en París era tan fácil como en el pueblo y mentalmente iba haciendo su composición de lugar, para cuando llegase a la capital parisina.

Un silbido agudo la sacó de sus meditaciones y pasó ante ella con la velocidad del vértigo la imponente locomotora que arrastraba al tren rápido de París. Unos pocos viajeros subieron a diferentes vagones y, momentos antes de partir, la muchacha se me-

tió en el que estaba más cerca de ella, sin preocuparse de nada. La casualidad es a veces señora del Destino de las personas y se entretiene en jugar con ellas, moviéndolas como simples muñecos de su capricho. Y, una vez más, eligió para este juego a Anita y Luis de Hayden. Casualmente, los dos viajeros iban en el mismo tren, aunque en departamentos diferentes, pues mientras que la muchacha ocupaba un coche de tercera, el diplomático se hallaba en uno de los de lujo.

Un empleado se acercó al joven diplomático y le dijo:

—¿Me hace el favor de su billete, caballero?

Luis buscó por todos sus bolsillos el billete y cuando se convenció de que no lo tenía, respondió, a la vez que sacaba su cartera de identidad:

—He perdido mi billete. Soy el conde de Hayden y tengo las plazas 6 y 7 en el coche número 4.

El empleado miró la cartera de identidad y repuso, amablemente:

—Está bien, señor; puede usted ocupar sus departamentos.

No había hecho más que separarse el empleado cuando se presentó en el pasillo Su Excelencia Jacobo Steinman, ministro de Comercio y antiguo amigo de Luis Hayden, que se dirigía también a París para vigilar la

Conferencia de Economía que debía celebrarse. Su esposa le acompañaba, no para vigilar la Conferencia, pero seguramente para vigilarle a él. Tenía un criterio muy sospechoso de los diplomáticos y no se separaba de su marido más que para los actos de servicios y eso si no eran muy largos. Al ver a Luis, se acercaron los dos esposos a saludar y ella le preguntó, sonriendo intencionadamente:

—¿Ha flirteado usted mucho durante su licencia, conde?

—No he tenido tiempo para ello, señora —respondió el conde—. Los preparativos de mi primer viaje diplomático me absorbieron enteramente...

—¡Qué empeño el tuyo en que todo el mundo ha de estar flirteando. Luis es un hombre serio y por eso lo propuse yo para el cargo que ocupa, de lo contrario, se hubiera quedado en el Ministerio, como otros tantos.

—Verdaderamente es un favor por el que siempre le quedaré agradecido —respondió el conde—. Gracias a usted podré ocupar prontamente un puesto envidiable.

—¡Bah! No hablemos de eso —terminó diciendo el ministro—. Mire usted lo que dice este periódico, acerca de la próxima Conferencia.

Y le entregó uno que llevaba en la mano.

Luis tomó el diario y leyó el suelto que indicaba su superior, y que decía:

“LA CONFERENCIA INTERNACIONAL ECONOMICA

Los delegados del Mundo entero se disponen a discutir las cláusulas de un gran tratado comercial, que unirá entre sí a todas las potencias. Se habla de la intervención del delegado norteamericano, Mr. Clakson, de cuyas palabras, según parece, depende el éxito de la Conferencia.”

Los dos hombres siguieron hablando, hasta que, finalmente, el ministro se despidió de Luis, diciéndole:

—Como sé que tiene usted por costumbre levantarse tarde, iré yo mismo a despertarle mañana, antes de llegar a París.

Luis se despidió de ellos y entró en su departamento; vió la cama preparada y se metió en ella. Mas, al poco rato, un olor a sardina salada le molestó grandemente, se fijó en la almohada y se encontró con una arenque.

—¿Quién habrá puesto aquí esta porquería?—se preguntó, a la vez que tiraba el pescado al lavabo, que estaba separado únicamente por una puerta.

Como todo tiene su explicación en el mun-

do, preciso es que también nosotros expliquemos cómo y por qué había llegado allí aquella sardina. Y fué de la forma siguiente:

Al poco rato de estar Anita en el vagón se puso a cenar tranquilamente, hasta que apareció el revisor y le dijo:

—¿Me hace usted el favor de su billete, señorita?

Anita sacó el que se había encontrado y se lo entregó el revisor, que la miró extrañado, diciéndole:

—Usted no es el señor Luis de Hayden... me parece a mí... ¿De dónde ha sacado usted este billete?

Anita se vió perdida, comprendió que la detendrían por viajar sin billete y, recogiéndolo de la mano del revisor, fué a darle una explicación, cuando la casualidad vino en su auxilio. Pasaban en aquel instante por un túnel y la joven, precipitadamente, recogió la cena y huyó del vagón. Cuando nuevamente se hizo la luz, el revisor se encontró con que había desaparecido. Le hizo gracia la ocurrencia de la muchacha y no se preocupó de seguirla.

Huyendo de él, Anita se metió dentro del departamento de Luis y allí terminó de cenar; pero al oír pasos se escondió en el lavabo, en el que se dispuso a pasar tranquilamente la noche, algo incómodamente, desde luego.

UNA HERMANA IMPROVISADA

A la mañana siguiente no hizo falta que llamasen a Luis Hayden, sino que éste se levantó más temprano que de costumbre, y cuál no sería su sorpresa cuando, al entrar en el lavabo, se encontró con la pequeña vendedora del pueblo.

—¿Qué hace usted aquí? — le preguntó Luis.

—Usted me había dicho que le gustaría volver a verme... ¡y aquí estoy!—respondió ella.

—Pero, ¿qué voy a hacer yo de usted? —volvió a decirle Luis, sacándola a su departamento—. ¡Me pone usted en una situación terriblemente embarazosa!

—¡Eso no me lo había dicho usted cuando me vió... y no no iba a adivinarlo—replicó Anita, a quien no se le ocurrió otra cosa que colgar el paraguas del timbre de alarma, haciendo que parara inmediatamente el tren. Acudieron varios empleados para ver lo que sucedía y Luis tuvo que decirles:

—Hemos tirado del timbre por equivocación. Perdonen ustedes. Pagaré la multa establecida.



—Es mi hermana Luisa...

Pero la alarma había cundido por todo el tren y los señores de Steinman fueron los primeros que acudieron al departamento de Luis. Al ver allí a una joven, la señora sonrió maliciosamente, y el conde, para quitar el mal efecto que pudiera producir en su superior la presencia de la muchacha la presentó diciendo:

—Es mi hermana Luisa, que viene a París a terminar sus estudios...

—Tiene usted una hermana muy linda, conde—respondió la señora Steinman, acariciándola.

—Espero que en París la veremos a menudo, ¿verdad, señorita?

—Desde luego — respondió Anita —. Mi hermano me llevará a todas partes, "verdad, Luis?

El joven hizo un ademán afirmativo con la cabeza, mientras que con los ojos se comía a la muchacha para que se callara. Pero ésta, sin hacerle caso, siguió diciéndoles:

—¿Ustedes son amigos de mi hermano?

—Le conocemos desde que era un niño—respondió el ministro.

—Entonces, por eso no me conocen a mí—exclamó Anita.

—¿Cómo dice?—preguntó extrañado el ministro.

—Mi hermana quiere decir—intervino Luis—que no la conocen porque nació fuera de París... Vivía con mis padres y nunca se separó de ellos.

Si los señores Steinman hubieran continuado un minuto más, desde luego que a Luis le hubiera dado algo muy malo, por lo menos apoplejía no se hubiera librado de ella, pero afortunadamente se despidieron y el conde se volvió hacia la pequeña, diciéndole:

—¡Todo esto es estúpido!... ¡En buena me ha metido!

—¿Tan desagradable le es a usted ser mi hermano?—preguntó, casi llorando, Anita.

—No es eso—respondió el conde, conmovido por la ingenuidad de ella—, pero comprenda usted que su situación a mi lado es imposible... ¿Qué voy a hacer yo de usted, en París?

—Por eso no se preocupe—exclamó ella.—Sé trabajar y no le seré gastosa. Pero me gustaría vivir a su lado, en su casa.

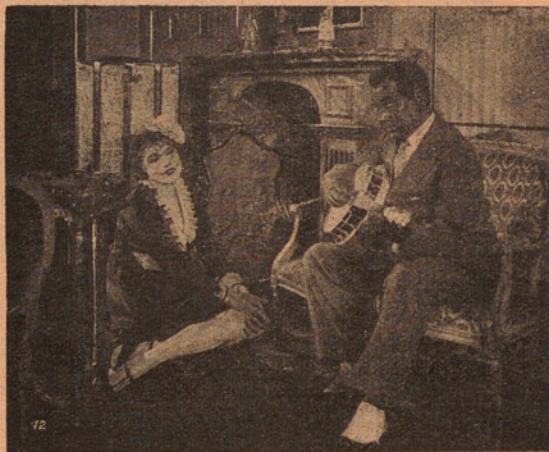
—¡Yo no tengo casa!—volvió a decirle Luis—. Vivo en un hotel. Lo mejor es que nos separemos cuando lleguemos a París.

—Yo haré le que usted diga—terminó diciendo la joven.

Y durante todo el viaje no hablaron una palabra más. Ella le miraba de soslayo de vez en cuando, y a pesar de la dureza con que la había tratado, a medida que pasaba el tiempo más simpático le era.

Algo parecido le sucedía al conde. Fingía no prestarle atención, pero interiormente se decía que la belleza de la joven y su agradable compañía bien merecían la situación difícil en que estuvo a punto de colocarle ante su superior.

Por fin el tren entró en la estación de París, y Anita, a pesar de que le había prometido marcharse, siguió a su lado hasta el an-



— ¿Ve usted qué lástima?

dén. Luis, temiendo el encontrarse nuevamente con los esposos Steinman, sacó un puñado de billetes y se los dió a Anita, diciéndole:

—Tome usted; mientras encuentra trabajo, puede ir tirando.

Sin darle tiempo a contestar, subió a un auto y dejó a la muchacha en el andén. Y de esta forma se encontró Anita en París, sola, con unos cuantos billetes y con un hambre atroz. Entre la solución de tantos problemas, optó por resolver este último, que

era el de más urgencia, y al pasar por un elegante restaurant entró en él, pidió de comer. Se había sentado frente a un hombre de color, en quien reconoció, por haberlo visto otras veces en fotografía, a Jack Thompson. La alegría de la muchacha fué indescriptible, e inmediatamente le dijo:

—¡Yo le conozco a usted!

El negro sonrió, pensando que aquel conocimiento provenía de su popularidad como músico y cantor, y siguió comiendo, después de sonreír cumplidamente a la muchacha, que continuó diciéndole:

—Y usted me tiene que conocer a mí, ¿verdad?

—Lo siento mucho, señorita — repuso el Rey del Jazz—, pero no caigo en este momento en quién pueda ser usted... Si tiene la bondad de decírmelo...

—Soy Anita... la de su canción... ¿No se acuerda?—y para dar mayor afirmación a sus palabras tomó de la maleta, que había colocado a sus pies, el disco famoso. Una exclamación de pesar se le escapó al ver que se le había roto, y le dijo:

—¿Ve usted qué lástima?... ¡Se me ha roto!... ¿Y dónde encuentro yo otro en París?

—No se aflija, señorita—le respondió el negro—. Yo le regalaré otro igual.

Se levantó el músico y salió. Anita no tardó en imitarlo y lo siguió por todo París, has-

ta que lo vió entrar en un suntuoso hotel. Al volverse el negro y verla allí, le preguntó, extrañado:

—Pero, ¿me ha seguido usted?... ¿Qué es lo que desea?

—No se enfade—respondió ella humildemente—, pero estoy sola en París y quiero que usted me busque una colocación.

La simpatía de la muchacha se había hecho extensiva también al Rey del Jazz y le rogó al dueño del hotel que la tomara para el servicio.

—Siendo recomendada suya, no tengo ningún inconveniente—respondió el dueño. Y dirigiéndose a la joven le dijo—: Ve, pequeña, a la cocina, que ya te dirán allí lo que tienes que hacer.

Y de esta forma tan original fué cómo Anita Marten encontró en París, sino la colocación que ella deseaba, por lo menos el medio de ganarse la vida.

Y precisamente en aquel mismo hotel hospedábase Luis de Hayden y los señores Steinman, que le preguntaron por su hermana, al verlo solo.

—Mi hermana está ya en el pensionado—respondió Luis—. Ahora vengo precisamente de dejarla—y a pesar suyo sentía cierto renacimiento y cierto pesar de haber abandonado a la muchacha, que ya empezaba a interesarle.

UNA INFORMACION SENSACIONAL

Pasaron los días, y Anita, metida en la cocina, traía de cabeza a todos los de allí, con sus continuas travesuras. Hasta entonces no había pensado en escribirle a su tía, mas comprendió que había llegado el momento de dar señales de vida, y mientras comía tomó un pedazo de papel y un lápiz y empezó a narrarle su vida fantásticamente, diciéndole:

“Querida tía: Al llegar a París he hecho conocimiento con un Rey que me ha traído a un Palacio...”

—No le digo nada que no sea verdad—se dijo interiormente la muchacha, y al oír los acordes de la orquesta que tocaba en el hotel, dirigida por Jackson, siguió escribiendo:

“...llegan hasta mis oídos los sonos de la orquesta. Tengo ante mí un espléndido castillo...”

Tampoco era esto mentira, porque ante ella acababa de poner un cocinero un castillo de hielo, para servir el caviar. Y la imaginación de Anita la transportó a un quimé-

ver la diligencia de la muchacha corriendo por aquellos pasillos cuando llamaban de alguna habitación. Sonó una vez el número 88, y Anita, como siempre, corrió presurosa para ver lo que deseaba su ocupante.

Precisamente era el cuarto que ocupaba Luis, que al verla, sintió una gran alegría, y le preguntó:

—¿Cómo está usted aquí?

—Ya lo ve, de camarera—respondió ella.

—No crea que he venido yo a verle ahora, que ha sido usted el que me ha llamado.

—Lleva usted razón—contestó Luis—. Y siento un gran placer en volverla a ver.

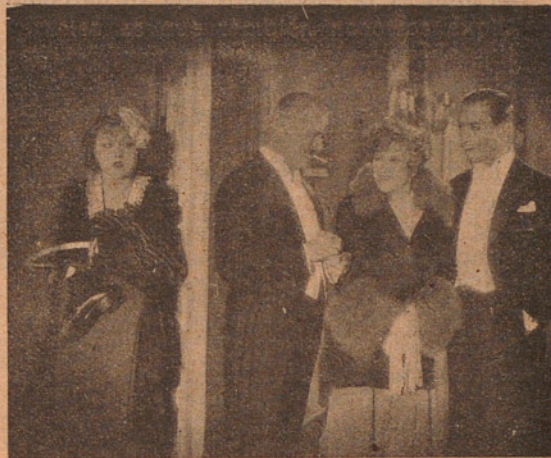
—¿No será el mismo que el que sintió en el tren?—preguntó, escamada, la muchacha. Luis se echó a reír y repuso:

—No, ahora es de verdad. Antes estaba disgustado por el lío en que me vi metido.

No había terminado de decir esto, cuando llamaron a la puerta y se presentaron los señores de Steinman. Apresuradamente se quitó la cofia y el delantal Anita, y se sentó en una butaca, haciendo como que leía un libro tomado al azar de los que había sobre la mesa.

—Pero, ¿está aquí su hermana?—preguntó, extrañada, la esposa del ministro.

—Sí, señora—respondió Luis—; ha salido con permiso del pensionado y ha venido



—Pero, ¿está aquí su hermana?

a darme las buenas noches, antes de acostarse.

—Me alegraría mucho que cenase usted con nosotros, señorita — le dijo la señora Steinman a Anita.

Antes de que ésta pudiera contestar nada, se adelantó Luis y le respondió:

—Mi hermana lo sentirá mucho, pero no tiene “toilette” de noche.

—Eso es lo de menos—exclamó Anita—. Ya veré yo de procurarme una.

—Entonces la esperamos con su hermano —terminó diciendo la señora Steinman—. Díganos cuál es su cuarto y la acompañaremos nosotros...

Salieron al pasillo y al ver Anita que llamaban del cuarto número 75, se le ocurrió una idea, y exclamó, señalando para el cuarto que llamaba.

—Ya estoy en mi cuarto, muchas gracias.

Se metió allí y se encontró con una mujer elegantemente vestida, que se disponía a salir y que dijo, indicándole un montón de vestidos que había sobre una silla:

—Arrégleme esos vestidos, pero tenga mucho cuidado con no arrugármelos.

—Descuide, señorita —respondió Anita, acompañándola hasta la puerta, para asegurarse de que se marchaba.

Cuando se convenció de que se hallaba sola, empezó a probarse los vestidos de la dama, y cuando encontró uno que le estaba bien, se lo puso y salió para asistir al convite que le había hecho la señora Steinman.

Luis de Heyden, seguro de que Anita no se atrevería a presentarse, procuraba disculparla con la esposa de su superior, diciéndole:

—Mi hermana no ha podido venir... Tiene una jaqueca horrible.

—Pues, a pesar de todo, ahí la tiene usted—respondió la señora, señalando hacia el



—Pues a pesar de todo ahí la tiene usted.

sitio por donde venía la joven. Se levantó para recibirla y llevándola hasta la mesa, le dijo:

—¿Viene usted a pesar de su jaqueca, hija mía?... ¡Qué heroísmo!

La joven asintió con la cabeza, sin saber de qué iba, y la señora del ministro siguió diciéndole:

—Afortunadamente, yo siempre vengo bien provista... Tome usted.

Y le entregó unas tabletas de aspirina, que

Anita, sin saber qué era, se las echó rápidamente en la boca. Al notar su mal sabor, empezó a hacer signos extraños y le dijo por lo bajo a Luis:

—¡En Troustad no me hubiera yo atrevido a vender bombones tan malos como estos!

Luis aprovechó aquel momento en que podía hablar sin ser oído, y temiendo alguna indiscreción por parte de Anita, le recomendó:

—¡No coma usted nada!... ¡Yo he dicho que está usted enferma!

—Haré lo que usted ordene—respondió la muchacha—. Por usted soy capaz de morir-me de hambre.

Y tal como lo dijo lo hizo. No se murió de hambre, pero se quedó sin cenar aquella noche. Empezó el baile, y unos periodistas que habían venido expresamente para entrevistar a Luis sobre la Conferencia, expusieron sus deseos al ministro, que les dijo:

—No creo que el señor Hayden se preste a íntervius, es muy reservado, pero quizás su hermana pueda suministrarle datos para su artículo.

El periodista acogió la indicación del señor Steinman e invitó a bailar a Anita.

Mientras bailaban le dijo:

—Me interesaría conocer algunos detalles sobre su familia, señorita... ¿Su padre era diplomático también?



—¡No coma usted nada!

—Nada de eso—contestó Anita, sin acordarse de que estaba representando el papel de hermana del conde—. Papá era calderero. Tenía una habilidad especial para estañar cacerolas.

El periodista se la quedó mirando, temiendo que se estuviera burlando de él, pero al ver su seriedad no puso en duda sus palabras y siguió preguntándole:

—Y su señora madre, ¿pertenece a la aristocracia?

—Mamá murió siendo yo niña todavía, y no le puedo decir nada de ella, pero a la aristocracia no hemos pertenecido ninguno de la familia.

Siguió suministrándole más datos acerca de sus parientes, y cuando al baile siguiente volvió el periodista para sacarla a bailar, Luis no pudo reprimir un gesto de desagrado, y le respondió:

—Mi hermana agradece su atención, señor; pero está un poco cansada y quiere retirarse.

Sin esperar la aprobación de ella se levantó y tomándola por el brazo la condujo al piso superior, donde le dijo la joven:

—Cuando quiera usted verme, llame tres veces... Yo correré a su habitación. Ahora tengo que ir a devolver este traje.

Mas no le dió lugar a ello, porque en el pasillo se encontró con la dueña del vestido, que al verla exclamó:

—¿De dónde ha sacado usted ese traje?

Ella, por toda contestación, echó a correr, antes de que pudiera reconocerla, y quitándose en medio del pasillo el vestido, lo arrojó al cuarto de la propietaria, y a medio vestir se dirigió a su habitación.

LAS CONSECUENCIAS

DE UN ARTICULO

A la mañana siguiente se había armado un gran alboroto en el mundillo diplomático con la información de varios periódicos que hablaban de Luis Hayden, diciendo:

“Según nos ha revelado la encantadora hermana del joven diplomático, su padre, a pesar de su apellido aristocrático, era un modesto estañador de cacerolas. Su tía tiene una pequeña mercería en una aldea de las orillas del Rhin, y su madre tampoco perteneció a la aristocracia francesa.

Evidentemente, los orígenes del señor de Hayden no son tan brillantes como habíamos supuesto.”

Tampoco dejó de leer este suelto Luis, y cuando terminó su lectura llamó indignado tres veces al timbre, para que se presentara Anita. Esta corrió como alma que lleva el diablo hasta la habitación de Luis, pero en vez de encontrarlo sonriéndole, lo encontró con el periódico en la mano, diciéndole:

—¡Puede usted estar orgullosa de su hazaña!... ¡Ahora, por culpa suya, mi porve-



...y a medio vestir se dirigió a su habitación

nir está destruido, anulado, completamente destrozado!

—Yo no creí que me preguntaban por su familia—se excusó, medio llorando Anita—. Perdóneme usted.

—¡Ya estoy hartos de perdonar ridículos!—exclamó Luis, señalándole la puerta.

—¡Haga el favor de marcharse y que yo no lo vea más!

Anita bajó la cabeza. Era la primera vez que lloraba con todo el sentimiento de su alma. Por reparar su falta, por no causar aquel disgusto a Luis, al hombre que amaba con todo su corazón, hubiera dado la vida entera. Y al verse despreciada por él, arrojada de su lado, una congoja infinita se apoderó de ella.

Salió de la habitación y en el pasillo se encontró con el "maitre" y con la propietaria del vestido que llevaba la noche, quien exclamó al verla:

—Esta muchacha es la que me robó mi vestido.

El encargado del hotel llamó a varios criados, y señalándoles a Anita, les dijo:

—Llévense a esta loca de aquí... Que la manden a su tierra y que me deje en paz.

Los mismos criados la ayudaron a recoger sus ropas y la condujeron a la Comisaría de Policía para que se hicieran cargo de ella. El comisario, después de oír lo que le decían de la joven, la tomó a su cargo, diciéndole:

—Como carece usted de permiso para vivir en París, la pondremos en su pueblo y que la policía de allí la lleve a su casa.

Y media hora después la que se creía que iba a conquistar el mundo se vió metida en un coche de tercera clase y conducida hacia su pueblo, más pobre que había salido de él. Todas sus ilusiones habían caído por tierra y su sueños dorados, al convertirse en realidad, habíanse presentado con toda la dureza del verismo de las cosas.

La noticia de los "orígenes" del conde cayó, como decimos en la conferencia, como una bomba, y la presencia de Luis fué acogida por todos con mal disimulado disgusto. Se encontró aislado, siendo el objeto de todas las miradas e interiormente maldecía el momento que conoció a aquella muchacha que tanto daño le causaba.

Llegó el momento de las discusiones y llevó la voz cantante de ellas Mr. Clakson, el representante del poderoso dólar, cuyos informes dieron por resultado el que saliera elegido presidente de la Conferencia. Todos los jóvenes que se hallaban en la categoría diplomática de Luis ansiaban aquel puesto, que era el primer empujón en su vida diplomá-



— ¡Ya estoy harto de perdonar ridiculeces!

tica, y el presidente, al terminar su discurso, acabó diciendo:

—... y para terminar mi trabajo necesito un secretario inteligente. "Podrían ustedes indicarme uno?"

El señor Steinman se acercó a Luis y le dijo:

—Sin ese maldito artículo, yo le habría

propuesto a usted para el cargo, pero ahora me es imposible.

Mr. Clakson volvió a insistir en su pregunta, y Steinman le dijo, señalándole a uno de los jóvenes que se hallaban presentes:

—Quizá el barón de Autbourg le conveniga... Pertenece a una familia de diplomáticos...

Clakson meditó un momento antes de contestar, hasta que finalmente dijo:

—La verdad, yo preferiría a ese otro muchacho que tenía un padre estañador de cerrojas... ¿Podría ser? Me gustan las personas que han llegado por sus propios medios.

Y sin que nadie lo propusiera Luis fué designado secretario. Gracias a la equivocación de Anita había conseguido el puesto tan deseado por todos.

Corrió al hotel para darle las gracias y para pedirle perdón, pero el "maitre" le dijo:

—Ya hemos echado de aquí a esa loca, señor.

—¿Y no sabe usted dónde ha ido?

—Se la hemos entregado a la policía. Si desea saber algo de ella, tal vez en la Comisaría le informarán.

Sin perder un minuto se encaminó hacia donde le indicaba el "maitre" y preguntó al comisario:

—¿Podría usted decirme dónde encontraría a una joven que se llama Anita Marten?

—¿A una que han traído del Hotel Royal? —inquirió a su vez el Comisario.

—La misma, sí, señor—respondió Luis.

—Hace cuestión de una hora que la hemos enviado a su pueblo.

—¿Y qué ha hecho esa pobre muchacha para expulsarla de París?—preguntó nerviosamente el joven diplomático.

—Carecía de autorización para residir en París—le respondió el comisario.

—¿Y no habría medio de hacerla volver antes de que llegase a su destino?

El comisario, al ver el interés que se tomaba por ella y molestado por tantas preguntas, le interrogó a su vez.

—¿Podría usted decirme a título de qué pretende usted hacerla volver a París?

Ante aquella pregunta no supo Luis qué contestar y se excusó diciendo:

—Es que... venía recomendada a mí y has-

ta ahora no he sabido que estuviese en París. Usted perdone la molestia...

El comisario murmuró algunas palabras que no pudo oír ya Luis de Hayden, que salió a la calle convencido de que había perdido para siempre a la deliciosa joven, y precisamente en una época en que él no podía abandonar la capital, si no quería perder el cargo que le habían otorgado.

Desesperado volvió al hotel y se encerró en su cuarto, pensando en Anita y acusándose de haber sido él uno de los que más habían contribuido a que la echasen.

COLECCIÓN DE CUENTOS REGIONALES

Cuenticos baturros

Cuentos valencianos

Cuentos andaluces

25 céntimos el libro

Próximo número:

CUENTOS ASTURIANOS

— PEDIDOS A —

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo, remitiendo su importe en sellos de correo, y cinco céntimos para el certificado.

EL REGRESO

La entrada de Anita en su pueblo fué apoteósica. Todas las vecinas murmuraban a su paso y decían, para que las oyese la muchacha:

—¡Y decía que volvería acompañada por un príncipe!

Los cuatro mosqueteros también hacían sus comentarios, y se decían:

—¡Veremos a ver si ahora es tan orgullosa como antes!

—¡Ya se habrá convencido de que no existen los príncipes encantados!—exclamó otro de ellos.

Y entre cuchufletas de unos y otros, y avergonzada por todos, fué conducida Anita al jefe de policía del pueblo, que le dijo:

—No es lo peor lo que le ha pasado, Anita, sino lo que tengo que decirle,

Ella se le quedó mirando, sin poder comprender el sentido de aquellas palabras, y el funcionario público siguió diciéndole:

—Tengo que comunicarle una noticia penosa... su tía ha muerto.

—¿Y cómo no me han dicho nada?—preguntó Anita—. Mi tía no tenía más familia que yo.

—¿Cómo quiere usted que le dijésemos nada, si no sabíamos dónde estaba?

—Es verdad—corroboró Anita.

—Sin embargo—siguió diciendo el jefe de policía—, su tía, en sus últimos momentos, no se ha olvidado de usted y la ha nombrado heredera universal de todos sus bienes.

Anita dió un salto de alegría y sin poder dar crédito a las palabras de aquel hombre, volvió a preguntarle con cierta incredulidad:

—Quiere usted decir que puedo disponer a mi antojo del comercio.

—Completamente. Es suyo y puede hacer de él lo que mejor le parezca. terminó diciendo el empleado público y autoridad local.

A pesar de la alegría que había experimentado la joven al saberse dueña del comer-

cio y de los malos tratos que recibiera de su tía, al entrar en el establecimiento no pudo impedir que unas lágrimas se deslizaran por sus mejillas en recuerdo de su tía, que a última hora había sabido reconocer sus errores y hacerla justicia. Pero este momento de sentimentalidad duró poco, puesto que el recuerdo de Luis vino a llenar su mente. Lo vió pobre, deshonorado, sufriendo las calamidades de la miseria y pensó que todo era por su culpa. También ella tenía la obligación de reparar su falta, y así pensó hacerlo.

Por lo pronto le escribió una carta al conde Luis de Hayden, que decía:

“Querido amigo:

Debe usted odiarme mucho por el mal que le he hecho, pero quiero que se desengañe usted de que no soy tan mala como parezco, y puesto que por mi culpa ha perdido usted su porvenir, justo es que yo le libre de la miseria. Voy a liquidar mi comercio y todos los meses le mandaré algún dinero. Adiós.

Anita.”

Como Anita estaba dispuesta a hacer dinero a toda costa, aquel mismo día apareció un gran cartel en el comercio que decía.

LIQUIDACION DE LAS EXISTENCIAS

Venta rápida de todos mis géneros, según los métodos modernos observados en mi viaje de estudios al extranjero.

Al abrir la tienda el día siguiente, los vecinos del pueblo se precipitaron al interior del establecimiento, comprando todos los artículos que en él había. La liquidación de Anita era una verdadera liquidación, no como la que vemos tan frecuente en nuestros establecimientos en forma de propaganda. Allí los precios habían sido rebajados en más de un cincuenta por ciento, y el público se llevaba los géneros sin mirarlos siquiera.

Aquella actitud de Anita no dejó de extrañar, como es natural, a sus cuatro pretendientes, que no pudieron menos que preguntarle:

—¿Acaso se piensa marchar otra vez, Anita?

—Inmediatamente—respondió la joven, para fastidiarlos—. No he venido más que para liquidar el comercio y marcharme en seguida.

—¿A París?—le preguntaron nuevamente.

Ella se quedó pensando un momento, y al fin les contestó:

—Crean ustedes que todavía no lo tengo pensado... La verdad, me encuentro sin saber a dónde ir... Tengo tantas amistades que me invitan de todas las grandes capitales.

Los cuatro jóvenes se quedaron mirándose, extrañados de las palabras de la joven, hasta que Felipe les dijo:

—Me parece que hemos perdido esta batalla, compañeros, y lo mejor es declararnos en retirada... Más vale una retirada honrosa que una huida.

Y con un buen sentido admirable, tal vez la primera vez que lo tenían en su vida, acordaron este último plan.

Anita los vió marchar, riendo interiormente, y se dijo:

—¡Imbéciles! ¡Se han creído lo que les he dicho!... ¡Y si supieran que es verdad, que no sé dónde ir!

Mientras tanto en París el conde Luis de

Hayden no dejaba de pensar en Anita. Comprendía que su corazón le pertenecía por completo y todos sus deseos eran el poder volver a su lado para merecer su perdón.

Cuando recibió la carta de la joven, sintió una alegría inmensa. Comprendió, por su lectura, que ella también lo amaba, pero una duda lo atormentó grandemente. ¿Esperaría ella su vuelta? ¿No se creería despreciada y se casaría con cualquier grullo de aquel pueblo?

Este pensamiento le atormentó los días sucesivos, hasta el punto que intentó poderla olvidar. Asistió a cuantas fiestas se daban en el mundo elegante, se entregó con frenesí al trabajo, mas todo resultaba inútil. El recuerdo de la traviesa muchacha persistía en él, cada vez con más fuerza y era más fuerte en él el deseo de volver a su lado.

Rehuyó el encontrarse con los esposos Steinman, para no tener que hablar de "su hermana", hasta que un día no tuvo más remedio que confesarles la verdad, diciéndoles:

—Señor Steinman, he de confesarle que aquella muchacha no era mi hermana.

—¿Qué quiere usted decir?—le preguntó extrañado el ministro.

—La verdad, aquella muchacha, cuando se la presenté a ustedes, como hermana mía, era la segunda vez que la había visto en mi vida.

—¿Entonces se trataba acaso de algún flirt?—volvió a preguntar el ministro, dando señales de una gran indignación, por el engaño en que los había tenido.

—Tampoco fué así, señor—respondió el conde.

Y sin olvidar un detalle les refirió la forma en que la había encontrado en el tren, cómo había entrado luego casualmente de camarera en el hotel y terminó diciendo:

—El artículo del periódico tampoco era verdad. Aquellos informes los había dado aquella joven, creyendo que le preguntaban por su familia.

—¿Y cómo no deshizo usted el error inmediatamente?—inquirió el ministro.

—No podría decírselo. Había algo que me detenía a desenmascarar a la muchacha. Además, para ello tenía que decirles a ustedes

que les había engañado y creía que no obtendría su perdón.

—¿Y por una muchacha cualquiera ha dejado usted que se ponga en duda la nobleza de su apellido?... ¿Ha consentido usted verse despreciado por sus compañeros?

Luis de Hayden bajó la cabeza, como afirmando de todo ello y el señor Steinman siguió diciéndole:

—Confiese usted que algo más habría para que usted tomase tan heroica determinación. ¿No estaba usted enamorado de ella?

—No lo sé—respondió él—. Entonces no sabía nada, ahora sí estoy cierto que no seré feliz más que con ella. Sé que me ama... ¿Qué me aconseja usted que haga?

—En estas cuestiones del corazón, valemos más las mujeres—intervino la señora del ministro, que hasta entonces había permanecido callada. Su marido la miró, temiendo que dijese alguna tontería, y ella siguió diciéndole al conde:

—¿De verdad está usted enamorado de la muchacha?

—¡Con toda mi alma!—confesó Luis.

—Entonces no tiene usted más que un camino a seguir.

—¿Cuál?—preguntó ansiosamente el conde, adivinando las palabras de la esposa de su superior.

—El del pueblo donde está esa muchacha...

—¿Usted cree?...

—Yo creo que debe usted ir a buscarla, si es verdad todo ese amor que dice sentir, y hacerla su esposa...

Luis miró al ministro, interrogándole con la vista, y éste, dándole cariñosamente unos golpecitos en la espalda, le dijo:

—Lleva razón mi mujer. Al corazón no puede llevarse la contraria. Procure usted su felicidad y no le importe nada el mundo. Cuando termine usted el servicio que tiene encomendado, vaya a buscarla, y nosotros seremos sus padrinos de boda.

—Gracias... muchas gracias—pudo exclamar Luis, loco de contento.

Pero las negociaciones de la Conferencia Económica duraban más de lo deseable para Luis. Los días pasaban con una parsimonia desesperante para el joven enamorado y ca-

da instante que transcurría le parecía un siglo que lo alejaba de su amada.

Como todo tiene fin en el mundo, también lo tuvo los trabajos de la Conferencia. Fué un verdadero éxito internacional. Los periódicos hacían los más ardientes elogios del presidente, hasta que éste declaró que el éxito obtenido se debía mayormente a la experiencia y grandes aptitudes de su secretario Luis de Hayden.

Y los mismos que días atrás le habían vuelto la espalda, al enterarse de la plebeyez de su apellido, al verlo ahora en la cúspide de la fama, fueron los primeros en disputarse el honor de felicitarle.

Pero ni su éxito, ni las alabanzas de que era objeto, ni nada de todo aquello satisfacían a Luis. Esperaba impaciente que pasaran los pocos días que faltaban para obtener el permiso solicitado y correr en busca de Anita, hasta que una mañana, montando su cuarenta caballos, salió en dirección de Troustadt.

Seguía en el establecimiento de Anita la imponente liquidación. Todos los días el almacén llenábase de público, y por las no-

ches la joven, encerrada en su cuarto, hacía el recuento de las ventas, sintiéndose inmensamente feliz, al ver que pronto podría enviar al amado el dinero que le había ofrecido.

Una mañana, hallábase despachando a todos los clientes, que gritaban, para ser el uno primero que el otro, cuando apareció en la puerta la elegante figura de Luis de Hayden. Verlo Anita y abandonar su puesto todo fué uno. Corrió hacia el recién llegado y le preguntó:

—¿Cómo ha podido usted venir hasta aquí?

—Porque tenía que traerle un recado muy importante para usted—y le enseñó una placa de gramófono, diciéndole—: Jack Thompson me ha pedido que le entregara a usted este disco y por eso estoy aquí...

Anita tomó la placa que le daba Luis y corrió hacia su habitación, dejando a los clientes que hiciesen en la tienda lo que les venía en gana.

Luis la siguió, y al entrar en su cuarto vió que la muchacha removía los papeles que

tenía en un cajón de la mesa, y le preguntó, sonriendo:

—¿Qué busca usted tan afanosamente, Anita?

—Usted no lo creerá—respondió Anita—. ¡Pero ya le tengo separados dos billetes grandes para mandárselos!

—¿Para mandármelos a mí?—preguntó, extrañado, Luis—. ¿Y por qué?...

—Ya se lo he dicho, para recompensarle del daño que le he hecho, inconscientemente, y que me perdone.

—No, Anita—exclamó Luis—. La que me tiene que perdonar por lo mal que la he tratado es usted. Yo no podía comprender lo que valía, hasta que la perdí. Pero ahora comprendo que no se puede estar a su lado sin amarla... Y yo te amo, Anita, te amo como jamás pude soñar...

La estrechó entre sus brazos, pero ella intentó separarse, y Luis, abandonándola, le preguntó melancólicamente:

—¿Acaso tú no me amas, Anita?... ¿No es verdad lo que yo me he figurado tantas veces?... ¿No quieres perdonarme?

—No es eso, hombre—respondió, sonrien-



—¿Acaso tú no me amas, Anita?

do, la muchacha—. Es que me tenías cogida tan fuerte que no podía casi respirar.

Aquella salida de la muchacha no pudo menos que hacer reír a Luis, que la estrechó nuevamente entre sus brazos y la besó amorosamente.

Momentos después volvió otra vez Anita a la tienda y se subió al mostrador, gritando:

—¡Señores, he pensado terminar la liquidación inmediatamente!

Los compradores se la quedaron mirando, creyendo que se trataba de alguna nueva ocurrencia de la muchacha, y ésta siguió diciéndoles:

—¡Pueden ustedes comprar el resto gratuitamente!... ¡Lo regalo todo!... ¡Les dejo dueños del almacén y de cuanto hay dentro... porque yo me voy!

Luis la tomó por la mano, y juntos salieron a donde estaba el auto esperándolos. Pero antes de subir a él, se paró Anita, como poseída de un rápido pensamiento, y le preguntó a Luis:

—¿Me dejarás en París otra vez sola?

El se echó a reír y le dijo, a la vez que la empujaba suavemente para que subiera al auto.

—No temas, Anita. Ahora ya no nos separaremos más. He comprendido que no podría vivir sin ti. Te amo más que a nada en el mundo.

Ella, sin reparar que todo el mundo la miraba, se abrazó a él y lo besó repetidamente, diciéndole:

—Todo esto es como un sueño, Luis... ¡Me parece mentira tanta felicidad!



...se imaginó ser la Princesita Caviar.

Emprendió el auto la marcha hacia París, hacia la ciudad de la Luz, que esperaba a la pareja amorosa para cobijarla entre sus brazos amorosos de mujer, y por la carretera, Anita, abrazada a su novio casi no le dejaba guiar el coche.

Este se deslizaba como un borracho, corriendo de un lado para otro. Daba miedo el ver las curvas y cualquiera que lo hubiera visto, hubiera pensado razonadamente que de un momento a otro sobrevendría una catástrofe. Pero no había miedo, lo guiaba el niño ciego y no podía permitir que les sucediera nada a los que como ellos se hallaban bajo la protección del niño amor.

Y París, ese París tan deseado y soñado por Anita, volvió a abrir ante ella el abanico mágico de sus galas para ofrecerlas a la enamorada, que creía vivir el país quimérico de sus ilusiones.

Como había dicho el señor Steinman, ellos fueron los padrinos de la boda, y cuando alejados de los invitados se vieron solos los dos nuevos esposos, Anita, abrazada a su marido le preguntó, ingenuamente:

—¿Verdad que ya no nos podremos separar más, amor mío?

El la miró amorosamente, vió en sus ojos reflejado todo el inmenso amor de la muchacha, y besándola con toda la pasión que sentía su alma, le contestó:

—Nunca podremos separarnos... La vida nos ha unido y yo no sabría vivirla sin ti.

Por fin se habían realizado sus sueños, y la que en otro tiempo se imaginó ser la Princesita del Caviar, se vía convertida, no en princesa, pero sí en la condesita de Hayden, aun cuando su padre hubiera sido calderero.

FIN

Ya estan a la venta

La Colección de tarjetas postales
que usted deseaba:

**LOS DIEZ MÁX SUGESTIVOS BESOS POR
LOS ARTISTAS MÁX SIMPÁTICOS**
Colecciones de 10 postales 2 pts.

Pedidos a

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

No se venden postales sueltas. Acompañar el importe en
sellos de correo o por Giro Postal.

5

Han sido los éxitos de la Cinematografía

EL DESFILE DEL AMOR (2.^a edición)

BEN-HUR (3.^a edición)

LOS NIBELUNGOS (2.^a edic. agotada)

EL SIGNO DEL ZORRO (4.^a edición, agotada)

LOS DOS PILLETES (3.^a edición)

Y TODOS HAN SIDO EDITADOS POR

BIBLIOTECA FILMS
(TÍTULO DE LA SUPREMACÍA)

Pida hoy mismo el Catálogo General que se remite gratis a
Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

SOLAMENTE

BIBLIOTECA FILMS

puede ostentar el

Título de la supremacía

96

PÁGINAS DE TEXTO

96

ARTÍSTICAS ILUSTRACIONES

Lea los grandes éxitos de esta temporada

Tomos a UNA peseta

EL DESFILE DEL AMOR	M. Chevalier
RIO RITA	Bebe Daniels
RASPUTIN.	Gaidaroff
EL ARCA DE NOÉ	Dolores Costello
LA MASCARA DE HIERRO	Douglas Fairbanks
TRAFALGAR.	Corinne Grifith
EL LOCO CANTOR	Al Jolson
LOS PECADOS DE LOS PADRES.	E. Janninge
EL AMOR Y EL DIABLO	Milton Sills
MENTIRAS DE NINA.	Brigitte Helm
LA MUJER DISPUTADA	Norma Talmadge

— PEDIDOS A —

Biblioteca Films. - Apartado 707. - Barcelona

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo,
remitiendo su importe en sellos de correo, y cinco céntimos
para el certificado.

Tarjetas postales al Bromuro y Esmaltadas

CELEBRIDADES DEL CINEMA

Colección de 10 postales. DOS PTAS. colección

Serie A

Clara Bow
Sue Carol
Dolores del Río
Janet Gaynor
María Casajuaña
Ramón Novarro
Charles Farrell
George O'Brien
John Gilbert
Charles Morton

Serie B

Tom Mix
Tom Tyler
Charles Jones
Hoot Gibson
Fred Thomson
Rex Bell
Buffalo Bill
Fred Humes
Chiquilín
Chispita

Serie C

Greta Garbo
Gloria Swanson
Lillian Roth
Vilma Banky
Mary-Douglas
Rodolfo Valentino
Nils Asther
Adolfo Menjón
Richard Dix
Gary Cooper

Serie D

Los diez más sugestivos besos
por los artistas más simpáticos

ESCENAS PREFERENTES

Colección de 10 postales. DOS PTAS. colección

EL DESFILE DEL AMOR .M. Chevalier
EL ARCA DE NOE . . .Dolores Costello
LA MASCARA DE HIERRO .Douglas Fairbanks
BEN-HURRamón Novarro
LOS CUATRO DIABLOS . .Janet Gaynor
NO SE VENDEN POSTALES SUELTAS

Pedidos a

Biblioteca Films-Apartado 707-Barcelona

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo,
remitiendo su importe en sellos de correo, y cinco céntimos
para el certificado.



CHEVALIER

¡QUÉ ALEGRÍA!

Se está agotando la segunda edición de
EL DESFILE DEL AMOR

No deje de pedir hoy mismo un ejemplar

PRECIO: 1 PTA.

ÉXITO de mi primera producción
LA CANCIÓN DE PARÍS

25 CÉNTS.

PEDIDOS A

Biblioteca Films - Apart. 707 - Barcelona

que remitiendo el importe, más cinco céntimos en sellos
de correo, se los enviarán en seguida.